

HACE FALTA HABLAR CON DIOS DESPACIO...

Yo iba aprendiendo que hace falta hablar con Dios despacio...

Me acuerdo de la postura de mi padre. Por sus trabajos en el campo o por el acarreo de la madera, siempre estaba cansado y no paraba de manifestarlo al volver a casa. Después de cenar, se arrodillaba, los codos sobre la silla, la frente entre las manos, sin mirar a sus hijos, sin un movimiento, sin impacientarse. Y yo pensaba: "Mi padre es tan valiente, que maneja a los dos bueyes grandes, que es impasible ante la mala suerte y no se inmuta ante el alcalde, los ricos y los malos; ahora se hace pequeño. Debe ser muy grande Dios para que mi padre se arrodille ante él, y también muy bueno para que se ponga a hablarle sin mudarse de ropa.

En cambio mi madre nunca se arrodillaba. Demasiado cansada, se sentaba en medio, el más pequeño en sus brazos y todos a su alrededor muy cerquita de ella. Musitaba las oraciones de punta a cabo, sin perder una sola. No paraba de mirarnos, uno tras otro, una mirada para cada uno, más larga para los más pequeños. Nos miraba, pero no decía nada. Nunca maldecía, aunque los pequeños enredasen, aunque el gato volcase algún puchero. Y yo pensaba. "Debe ser muy sencillo Dios, cuando se le puede hablar teniendo un niño en los brazos y puesto el delantal. Y debe ser una persona muy importante para que mi madre no haga caso ni del gato ni de la tormenta. Las manos de mi padre y los labios de mi madre me enseñaron de Dios más que mi catecismo."

Pablo Roda